



## CAPITULO I.

### *Guelatao.*

**D**ECLINABA la tarde: el sol parecía hundirse detrás de la próxima montaña en los momentos en que un muchacho de doce á catorce años, descalzo, vestido apenas con un pedazo de manta que en forma de calzones le cubría de la cintura á las rodillas, llegaba jadeante al bordo del arroyo, bebía agua en la palma de la mano y luego se dejaba caer en un pedazo de un tronco de árbol carcomido por el tiempo, que yacía recargado sobre la arena.

El día había sido caluroso, de tal modo que todavía á aquellas horas el agua del arroyo vaporizaba, sintiéndose que las piedras estaban candentes después de doce horas en que había estado cayendo sobre ellas el fuego del cielo.

Aquella pobre criatura de color cobrizo, después de haber satisfecho la sed en una forma tan rústica y después de haber estado descansando unos cuantos minutos



sobre el tronco de árbol carcomido que se encontraba al borde del río, se levantó, cogió varias piedrecitas y empezó á arrojarlas sobre el agua, divirtiéndose con las burbujas que aquella formaba y con el gran número de gotas que saltaban á todos lados, como si cada piedrecita fuera una pequeña granada que hiciera explosión.

Así permaneció en el sitio como una media hora, unas veces sentándose en el pedazo de árbol derrumbado y otras haciendo estallar el agua con las piedras de todos tamaños que le arrojaba, hasta que volvió la cara, y notando con cierto asombro que ya el sol había desaparecido, echó á andar por la vereda que conducía del arroyo al próximo poblado.

El encuentro que tuvo al llegar cerca de uno de los primeros jacales, decidió de la suerte futura del muchacho.

—¿De dónde vienes, Benito Pablo?

Benito se estremeció al oír aquella pregunta, porque caminaba muy distraído, y no contestó de pronto ni una palabra.

Quien dirigía la pregunta era una anciana que acababa de salir de entre las milpas, á donde había ido á recojer unas yerbas que cocer para la cena. La mujer volvió á decir con cierto tonillo de mando.

—Te pregunto de dónde vienes ahora, Benito Pablo.

—No vengo de ninguna parte, madrina Apolonia, contestó el indito en el mismo dialecto en que la vieja le hablaba.

—Esa no es respuesta: de alguna parte has de venir.

—Fuí al cerro después que me almorcé mi •taco de fri-



—¿De dónde vienes, Benito Pablo?



F1233

58

P49

joles y allí me he estado tirando pedradas á los pájaros y á las lagartijas.

—¡Miren qué gracia! pues esa ocupación no te ha de hacer hombre: es necesario que sepas que ya tienes trece años: hace un mes y medio se cumplieron, desde el día en que te llevé á Santo Tomás con el señor cura D. Ambrosio Puche á que te echara las aguas bautismales.

El indito solamente abrió la boca; pero como Apolonia García, su mádrina, era de suyo incansable cuando le daba por ser locuaz, prosiguió diciendo:

—Era un día domingo cuando salimos de aquí, de este rinconcito de la tierra que se llama San Pablo Guelatao, porque así le pusieron nuestros mayores, tu padre D. Marcelino Juárez y tu madre Doña Brígida García, que de Dios gocen, llevándote yo en brazos, como que iba á ser tu madrina, y á las cinco de la tarde que llegamos, nos dirigimos al curato y allí el sacristán D. Mariano Cortabarrín recibió los doce reales, escribió en los pergaminos é hizo todo lo que había que hacer para que á tí se te hiciera cristiano. . . . ¿me parece que ya sabías esto?

—Sí, madrina, su mercé me lo ha contado varias veces.

—Nos volvimos á nuestro pueblo esa misma noche, nos recibieron los vecinos con cohetes y músicas, algunos se pusieron una buena borrachera y toda la noche estuvieron tocando, bailando y cantando. Mi marido Francisco García no fué al bautismo porque estaba enfermo de la enfermedad misma de que seis meses después había de morir. Tus padres también murieron cuatro años más tarde, y tú y yo nos quedamos solos en el mundo.

—Yo me quedé con mis abuelitos, madrina.



—Que también murieron, dejándote en poder de tu tío, Bernardino Juárez que es quien te mantiene, aunque no con toda su voluntad, y que está pensando ya en ponerte en cualquier trabajo.

—Sí, ya me dijo ayer que me estaba consiguiendo un empleo de guardador de ganado.

—A mí también me dijo que si no podía recojerte como tu madrina que soy, que él por su parte ya estaba enfadado de darte la comida de balde y que ya estabas entrando en edad de trabajar. . . .

—Yo lo que hubiera querido, madrina, era aprender á leer y escribir, aunque tuviera que ir á la escuela hasta Ixtlán.

—Yo también quería inclinar á eso á tu tío, y le he hablado de lo conveniente que sería que aprendieras algo de lo que enseñan en la escuela; pero me ha contestado que para nada sirve eso y que también manejan el arado los que tienen como los que no tienen esas letras.

—Sin embargo, madrina, yo quiero aprender.

—Pero como tu tío no quiere dejarte. . . .

—Mi tío no quiere dejarme porque dice que primero tengo que ayudarle á trabajar, que entre los dos debemos ganar el maíz para la familia. . . .

—Pues ahí tienes. . .

—Por eso yo he pensado en una cosa que. . . no. . . no es imposible.

—¿Qué es lo que has pensado?

—He pensado irme á Oaxaca con mi hermana que está allí sirviendo.

—¿Y dices que eso no es imposible?

—No lo es; en caso que haya quien me enseñe el camino.

—El camino es lo de menos, ya te juntarías con algunos arrieros ó carretoneros que fueran de Ixtlán y que solemos encontrar por las veredas inmediatas: las dificultades son otras.

—¿Cuáles, madrina? Dígamelas, usted que sabe tantas cosas.

—Desde aquí está muy lejos Oaxaca y luego se necesitaría algún bastimento y algún dinero para el viaje.

—Mi tío me ayudaría con algo y usted. . . .

—Yo también, yo también tengo por allí enterrados como unos doce reales que para cuando fueras hombre te los estaba guardando y no dejaría de darte un pollo y algunos «blanquillos» para tu bastimento; pero ~~falta~~ una cosa todavía. . . .

—¿Qué cosa falta?

—Conocer la voluntad de tu hermana. . . . Conque si no quiere reciberte ni tiene recursos para mantenerte?

—Estando yo en Oaxaca ganaría dinero.

—¡Qué habías de ganar! ¿Qué sabes tú hacer para ganarlo?

—Allí aprenderé luego un oficio.

—No se aprende un oficio ni en dos meses.

—Mientras puedo ganar algo yo procuraré comer muy poco, muy poco.

—En fin, pide la licencia á tu tío á ver qué te dice.

—Si yo supiera escribir, madrina, hoy mismo le escribía á mi hermana Crisóstoma.

—Aquí hay un indio que se llama Juan Antonio, que tiene tintero, pluma y papel y suele poner renglones aunque muy chuecos: á ese veremos en caso de que tu tío apruebe nuestro plan.

—¿Me ayuda usted, madrina?



—Sí, yo misma te acompañaré para que entre los dos le hablemos.

Y la anciana y el muchachito de trece años, cogidos de la mano, ella preocupada y este brincando lleno de gusto, se encaminaron al jacal que servía de vivienda á Bernardino Juárez y su familia, en el que se encontraban cerca del fogón rezando el rosario.

TIA POLONIA, como llamaban en Guelatao á la madrina de Benito Pablo, y el muchacho, se arrodillaron en la puerta respondiendo las Aves Marías según el uso transmitido de generación en generación hasta nuestros días. Cuando se terminó el rezo, Benito que era el menor, besó á todos la mano y poco después abordaron la cuestión madrina y ahijado.

Al principio el tío Bernardino hizo una oposición que parecía llevar el carácter de invariable, porque no podía convenir en que se le fuera el muchacho en los momentos en que iba ya á desquitar el pan que se había comido; pero á fuerza de reflexionar que de todas maneras se quitaba de encima una carga y una responsabilidad, convino en que era necesario prevenir á la sobrina Crisóstoma.

Aquella noche Benito Pablo, por primera vez en su vida, soñó y soñó cosas agradables, como personas, trajes y cosas que nunca había visto; como templos, plazas, mercados de que apenas había oído hablar; como dilatados campos, elevadas montañas, rísueñas campiñas, ríos caudalosos que era necesario cruzar en los largos viajes, y en fin otras muchas cosas demasiado fantásticas para su edad.

Se pasaron veinte días cuando se recibió en San Pedro Guelatao, procedente de Santo Tomás Ixtlán en donde había dormido ocho días, una carta cuadrada pegada

con varias obleas, que se abrió en presencia de todos los vecinos y que fué deletreada por el único que sabía leer, cuya carta decía en traducción corriente:

«Querido tío Bernardino, mándeme á Benito Pablo y que traiga lo necesario, pues aunque yo estoy sirviendo, soy muy pobre y apenas me mantengo sola; pero no me faltará un pedazo de pan que darle á mi hermano, y al cual tiene muchas ganas de darle un abrazo su hermana Crisóstoma.»

Todo fué oír aquello y soltarse el muchacho Benito Pablo dando de brincos. No sabía hablar ni podía expresar con las pocas palabras que tenía aprendidas todo su júbilo; pero lo expresaba demasiado con sus saltos y con decir de cuando en cuando:

—¡Qué bueno! ¡qué bueno!

Benito Pablo sin pensar en que se manifestaba hasta cierto punto ingrato con su tío Bernardino, dijo que su deseo era partir inmediatamente.

Sí, ¡facilito era salir de Guelatao así como quiera!

Su madrina se encargó de llevarlo á confesar el próximo sábado para que hiciera su primera comunión el domingo; pero ese deseo fué malogrado porque el niño indígena no sabía la doctrina cristiana, ni podía, según el cura, acercarse todavía al tribunal de la penitencia, sino cuando estuviera un poco más instruido en religión y llegara á comprender lo que era el pecado.

¿En qué forma podía pecar en Guelatao una criatura de trece años, que no usaba zapatos ni camisa? Fué precisamente por lo que se detuvo un poco más, porque sus parientes y madrina tomaron empeño en que fuera á Oaxaca el muchacho, siquiera con una camisa y unos calzones nuevos. También había de ponerse, para que no se



los estudiantes de la Nación, que frecuentemente las vieron cortadas por desgracias irreparables de familia. Fué aquella época, desde que el indio Benito Pablo tenía 4 primaveras el año de diez hasta el de 1834, en que reanudamos nuestra relación, como un panorama de fuego y sangre en que se vieron pasar todos los cataclismos imaginables llenos de matanzas, de destrucción, de odios, de tiranías, de maldades, de oprobios, de injusticias, de incendios, de luchas y de atrocidades de todo género. En esos 24 años perecieron en el patíbulo millares de mexicanos, entre los que se encontraban los nombres de Hidalgo, Allende, Matamoros, Morelos, etc., etc., y en ese mismo tiempo se vió perdida varias veces la causa de la independencia, y otras tantas renació de sus propias cenizas, hasta llevar su bandera triunfante el año de 21 al palacio de los virreyes.

En ese año de 1834, reinaba, á lo menos en Oaxaca, una aparente tranquilidad, y el día á que nos referimos, desde muy temprano se vió á dos *viejos mozos* sacudir y barrer con empeño los estrados del tribunal, mientras que otro empleado de mayor categoría veía si el dosel de antiguo terciopelo carmesí estaba sin polvo y bien puesta el águila dorada en el centro, arreglando á la vez los tinteros, las plumas y los sillones, para que cada cosa estuviera en su sitio y no fueran los señores magistrados á hacer algún extrañamiento, principalmente el Presidente, que era un letrado de muy pocas pulgas.

Cuando todo estaba bien regado, bien barrido y bien sacudido, el escribano mandó que se cerrara la puerta del salón hasta nueva orden.

—¿Pues qué hay aquí ahora? preguntó al secretario de acuerdos un viejo escribiente, que al pasar para su oficina, había notado aquel inusitado movimiento.

—¡Qué ha de haber! contestó el secretario guiñando los ojos de un modo particular, que vamos á tener un examen famoso.

—Famoso, eh?

—Ya lo creo. Se le va á dar el título de abogado á un indio que ha dado mucha chispa.

—¿Qué indio es ese?

—Se llama Benito Juárez.

—No lo conozco.

—Nadie lo conoce en Oaxaca, más que los catedráticos del Instituto, los que han quedado hace cinco días asombrados con el acto que sustentó.

—¿De veras?

—Fué el examen general á que se le sometió, y cinco abogados de los más notables le han estado haciendo preguntas por más de dos horas, y á todas ha contestado de un modo brillante, distinguiéndose así en el derecho canónico, como en el civil y de gentes.

—¡Cáspita!

—Sí, señor mío, y es la persona de quien se trata un indito, un pobre, que al verlo cualquiera, no ofrece por él ni cuartilla.

—Tanto así....?

—Muy humilde, muy obscurito de color, muy poca cosa como particular; pero sabio como un Cicerón.

—Ah! ya comprendo! ahora viene á sufrir el examen de pura ceremonia en el Tribunal.

—No, señor, no de ceremonia, porque los magistrados se han estado preparando, temerosos de que vaya á trepárseles encima.

—¡Cómo!

—Esto es: temen que estando tan aventajado como



dicen, así en la teoría como en la práctica del derecho, vaya á dejarlos patitiosos con alguna inesperada contestación. Ha estudiado, se ha preparado mucho; ha leído más de cien libros y más de doscientos expedientes; ha pasado los días y las noches dilucidando las cuestiones más difíciles y más intrincadas, de modo que su examen público de las aulas, fué de los más lucidos.

—Yo había oído decir que ya el examen del tribunal era solo de *poteforme*.

—Pues no señor: ahora va á ser un examen en toda regla y están dispuestas á venir todas las notabilidades del foro, á cuyos oídos ha llegado la fama del sustentante.

—Vaya! pues me voy á convidar á mis compañeros de oficina.

—Sí, que vengan todos: vale la pena.

Y diciendo esto, el oficinista se fué por un lado y el escribano por el otro, este último á preparar los papeles que debía llevar al acuerdo extraordinario del tribunal.

Cuando dieron las nueve, empezaron á llegar algunos señores de barba blanca, de aspecto muy grave, vestidos de negro, entre los que había unos con levitones que les llegaban hasta las corbas. Unos eran los magistrados; otros eran los miembros de la curia, los demás eran los amigos ó simpatizadores del candidato.

Después que los letrados se dirigieron saludos muy ceremoniosos, empezaron á ocupar sus asientos: unos arriba de la plataforma, debajo del dosel; esos eran los magistrados; otros abajo de la barandilla, esos eran los abogados practicantes, hasta una media docena. También llegaron como otra media docena de curiosos.

El Presidente se arrellenó en su sillón, y después de esparcir una mirada indagadora en torno del salón, tocó la

campanilla. El escribano corrió á ocupar su puesto detrás de una mesa pequeña, á la izquierda del estrado.

—Se abre la sesión extraordinaria del Supremo Tribunal de Justicia, dijo el Presidente con voz estentorea.

Y en seguida, á una seña suya, se levantó el escribano de diligencias y fué á traer al candidato que se había quedado en la Secretaría, esperando á que se le llamara.

Cuando entró en el salón no produjo sensación ninguna. Ya se le conocía por algunos; pero los que no lo conocían, lo esperaban de mayor talla, de más lucida apariencia. El que se sentó en el banco que designó el escribano, dando frente al tribunal, era un indillo insignificante, vestido de negro. Notaban los pocos concurrentes, como que se le despegaba la ropa al examinarlo.

—Señor Benito Juárez, dijo el Presidente, comienza el examen.

Y como Benito Juárez se levantara de su asiento medio aturdido, el Presidente tornó á decirle bondadosamente:

—Sentado, sentado.

El examen comenzó en efecto, por el primer magistrado de la izquierda, que con voz muy hueca preguntó:

—¿Qué entiende usted por jurisprudencia, Señor Juárez?

El Señor Juárez dió la definición aprendida en el Serena, pero agregando de su cacúmen algunas explicaciones.

El magistrado siguió menudeando las preguntas que traía preparadas, y los demás magistrados siguieron dirigiendo un verdadero fuego graneado al candidato, que contestó á todas sereno, sin que un solo músculo de la cara se la alterara, sin cambiar el tono de la voz, como una tuerca que da vueltas ó como el acompasado golpeo de las olas.



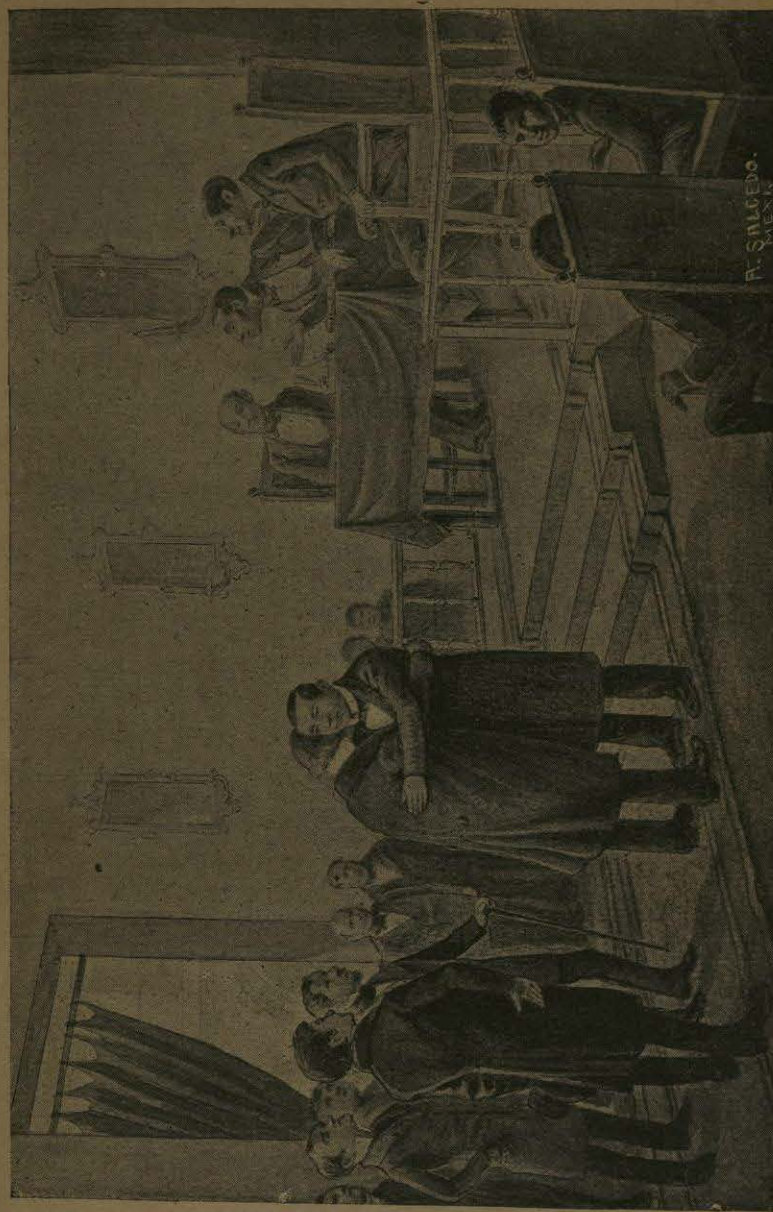
El Presidente preguntó al último con suma habilidad respecto de cánones: el examinando contestó con más tacto que si hubiera sido un obispo, y al decir el primero «Muy bien,» dando por terminado el examen, un aplauso moderado resonó en el salón dado por los seis curiosos ó amigos del candidato, el cual se salió para dejar á los magistrados en libertad de echar sus bolas negras y blancas.

Todas las bolas fueron blancas y no sólo la votación unánime dejó á todos satisfechos, sino que más asombro causó que el Presidente del Tribunal, que era de carácter agrio y altivo, llamara á Benito Juárez y le diera un abrazo.

El secretario dijo á uno de sus amigos por lo bajo:

—El indito de Guelatao tiene la túnica de Cristo. En veinte años, es él la primera persona que abraza el Presidente.

Cuando Benito Juárez salió á la calle, allí se encontró á su hermana Gerónima con diez personas más, amigos y parientes, que esperaban al nuevo abogado para llevarlo en triunfo á su casa.



—El indito de Guelatao tiene la túnica de Cristo, dijo el secretario.





### CAPITULO III.

#### *La dictadura de Santa-Anna.*

SE puede decir que los dos capítulos anteriores forman el exordio de nuestra relación, pues que ahora damos otro salto de veinte años para presentarnos en México en el momento en que reinaba S. A. S. D. Antonio López de Santa-Anna, adueñado del poder otra vez más, como lo había estado con intermitencias desde la primera década de nuestra emancipación de España.

Sabido es que aquel general, que nunca llegó á tener conciencia política de ninguna clase porque era completamente analfabético, sostuvo todas las banderas, se rodeó de todos los partidos, gobernó con todos los círculos, según se presentaban las circunstancias, engañando á todos porque era astuto é insinuante, haciéndose querer de muchos porque era simpático y haciéndose temer de los que no estaban con él porque era terrible en sus venganzas, en sus odios y en sus castigos.



Ya en una leyenda anterior, hemos dado á conocer su carrera, su carácter, su política y su conducta, de manera que ahora sólo por incidente vamos á referirnos á los últimos años de su atroz gobierno, con los que da realmente principio esta leyenda.

Entraremos desde luego á la residencia dictatorial de Santa-Anna, en donde lo encontraremos rodeado del fausto que era posible en aquellos tiempos de miseria, esto es, de media docena de ministros que lo obedecían de rodillas, de otra media docena de generales á quienes mandaba como si fueran lacayos, de unas dos docenas de oficiales que le servían de edecanes y la correspondiente buena mesa y el correspondiente cortejo de aduladores de todas las clases.

Ya en este tiempo nadie le llamaba *Señor Presidente*, aunque se diera ese título en los draconianos decretos que publicaba, sino Exmo. Señor, y ya pensaba en el título de *Alteza Serenísima* como vamos á verlo, teniendo que inclinar la frente casi hasta el suelo todos aquellos que comparecían en su presencia. Según todas las exterioridades que ya se notaban, tenía la mira manifiesta de llegar á titularse Emperador, como Iturbide, con el nombre de Antonio I.

En una mañana del mes de Octubre, había tomado asiento en su sillón dorado bajo un pabellón de damasco carmesí lleno de borlas de oro, tenía una mesa de ébano á su frente cubierta de papeles y los ministros le rodeaban con sus carteras sobre las rodillas: se celebraba un consejo de ministros, que para cualquiera extraño que lo presenciara podía ser una escena de ópera bufa, pero que para aquellos actores parecía revestir inmensa gravedad,

por la manera con que hinchaban los carrillos así como por la rigidez de sus bustos.

Formaban su consejo de nombre, porque él era quien inspiraba y quien imponía casi todas las determinaciones que eran aprobadas: un tal Bonilla, ministro de relaciones; un general Lino Alcorta, ministro de guerra; un Teodosio Lares, ministro de justicia; un Sierra y Roso, de hacienda, y un Joaquín Velázquez de León, ministro de fomento. No había ministro del exterior y el de comunicaciones no se había inventado.

—Señores ministros, les dijo Santa-Anna, los he citado á junta porque tenemos muchos asuntos importantes que tratar, según la lista de ellos que he formado y con la cual voy á darles cuenta.

Los cinco se inclinaron ceremoniosamente.

Santa-Anna dió un vistazo al papel que tenía delante y continuó diciendo con voz hueca:

—Se me ha ocurrido, leyendo un cuaderno que se me remitió de Madrid, que aquí debemos hacer algo parecido. Trata de las ceremonias que se verifican en aquella corte y de las que podemos apropiarnos muchas, por más que aquí todavía no tengamos una corte en toda forma. ¿Qué les parece á sus excelencias?

Los ministros se inclinaron por segunda vez, sin atreverse á despegar ninguno los labios, temiendo que aquello no fuera sino una celada de las que su pérfido jefe acostumbraba para burlarse de ellos ó para *tantearlos*: era el término que usaba en tales ocasiones el Exmo. Señor Don Antonio.

—Bueno: ya veo que no les parece mal, según el signo de asentimiento que acaban de darme. Quiero, en primer lugar, que establezcamos la plaza de un maestro de cere-



monias para el palacio. Creo firmemente que un maestro de ceremonias nos hace mucha falta. ¿Qué piensa de esto mi primer ministro?

Todos se vieron unos á otros como preguntándose: vamos á ver, ¿quién es aquí el primer ministro?

Bonilla, que era el más audaz ó el que quería darse la importancia de jefe, fué el que dijo con sonrisa empalagosa:

—La idea es sublime, Exmo. Señor.

—Ya lo creo que es sublime, exclamó Santa-Anna formando con la boca una especie de explosión, y no se cómo ni á mí ni á ninguno de sus excelencias se nos había ocurrido. Un maestro de ceremonias á estas alturas á que hemos llegado, es indispensable. Si tenemos la orden de Guadalupe con todas sus capas, ceremonias y condecoraciones, ¿por qué hemos de carecer de un maestro de ceremonias en la vida ordinaria?

—Positivamente, dijo Lares estirando mucho el hocico, es de absoluta necesidad.

—Pero el maestro de ceremonias, continuó diciendo el jefe supremo, no es más que un incidente, yo quiero que tengamos también ceremonias para que no nos salga sobrando el maestro y esas abundan en este librito que me he estado leyendo anoche. Por el estilo de esto, nuestro ministro de fomento podrá redactar muchos artículos, estableciendo insignias para los consejeros, sus esposas y sus servidumbres, marcando los sitios que deben ocupar en las asistencias y reuniones, las armas que deben llevar sus carruajes, las prerrogativas que estos han de tener en las calles y en los paseos, etc., etc., etc. Aquí, aquí hay mucho paño de donde cortar.

—En efecto, aprobó Bonilla una vez que comprendió

que el dictador no se burlaba sino que hablaba con toda formalidad; hasta ahora hemos carecido de regla fija para la etiqueta oficial y nos parece que el señor Velázquez de León podrá hacer para el caso un magnífico reglamento.

—Para todos los casos, agregó Lares.

—Esto es, yo lo quiero para todos los casos, dijo Santa-Anna, porque en todos ellos se dará mayor respetabilidad al poder, ya que nosotros nos sacrificamos por el país: es necesario que el país se acostumbre á vernos con el mayor respeto.

—Y si es posible hasta con veneración, exclamó Velázquez empezando á posesionarse del importante papel que iba á desempeñar.

—Queda, pues, encargado nuestro ministro de fomento, de redactar una ley de muchos artículos que abarquen todo cuanto se tenga que abarcar, no sólo respecto á los actos oficiales, sino á las diarias funciones del poder ejecutivo, de los sujetos que lo forman y de cuantas personas tengan elevado carácter.

—Comprendo, comprendo Exmo. Señor: procuraré inspirar mi trabajo en el ceremonial observado en la corte española.

—Pasemos á otro asunto.

—Pasemos, Exmo. Señor, dijeron todos los ministros en tono muy respetuoso.

—Tiene la palabra el de la policía, que está á cargo del ministerio de la guerra.

—Ha quedado establecida ya la *Sección de Operaciones*, dijo Don Lino Alcorta, que el Exmo. Señor Presidente se sirvió ordenar se pusiera en mi departamento.

—Sí, pero esa Sección se ha mostrado hasta hoy de-



masiado tibia, sin dar con todos los descontentos para aplicarles el correspondiente castigo.

—Se han desterrado en los últimos dos meses unas cuatrocientas personas de la capital y los departamentos, unas de la corte para el interior, otras del interior para la corte y las más peligrosas están encerradas en San Juan de Ulúa.

—¿Y cree su señoría que con esas cuatrocientas personas están agotados los descontentos y que esas personas confinadas no siguen conspirando?

—Se les vigila. . . . Exmo. Señor.

—Quiero que á los desterrados se les vigile más, quiero que no se oiga ya pronunciar en la nación de mi mando la palabra descontento.

—Se desplegará más energía, Exmo. Señor.

—Eso quiero: que se expidan circulares, pero muy tronantes, muy ejecutivas, muy severas, si es preciso hasta crueles, á los comandantes militares para que castiguen sin contemplación y sin misericordia, no sólo á los conspiradores sino á los que murmuren del gobierno ó no reciban con toda sumisión sus medidas.

—Mañana mismo someteré á la aprobación del Exmo. Señor Presidente, un proyecto de circulares sobre la materia.

—Quiero que al efecto se multiplique el número de espías. Es necesario echar mano de mujeres, de oficiales, de personas decentes y hasta de los ricos, si algunos quieren servir, para que sepamos cómo piensa del gobierno cada uno de los mexicanos, si esto es posible. Todos tienen el deber de obedecernos y de amarnos y á los que si quiera aparenten la menor resistencia, debemos aniquilarlos. Si con Arista, si con Suárez Navarro, si con Ceballos

y otros no hemos sido indulgentes, que son personajes, ¿por qué hemos de mostrarnos tibios con la canalla? Señor ministro de la guerra: esa *Sección de Operaciones* debe operar con mayor actividad, debe tener ojos de Argos para estar en todas partes.

—Así se hará, Exmo. Señor.

—Pida su excelencia cuanto dinero necesite, para que se extienda su esfera de acción hasta lo infinito. ¿Hay que pagar á dos mil, á cuatro mil, á veinte mil espiones? pues que se paguen, que se gaste cuanto dinero sea necesario; para que vivamos en paz sin temor á las conspiraciones que siempre cuestan más cuando estallan que cuanto pueda costar una policía bien ordenada. ¿Por qué se han descubierto los manejos solapados de algunos hombres del Sur? ¿No lo saben ustedes?

Los ministros abrieron mucho los ojos é hicieron un movimiento negativo con la cabeza.

—Pues voy á decírselos, porque yo con mi perspicacia natural sospeché algo y mandé á un coronel, á un comandante y á otros capitanes de toda mi confianza para que hicieran allá el papel de descontentos y obtuvieran confidencias.

—¿Y las han obtenido, Exmo. Señor? preguntó Lares.

—Allá vamos, porque de esto también quiero decirles cosas grandes y maravillosas que mis ministros ni siquiera se imaginan; pero ya, ya tengo tomados los hilos y ninguno se me escapará. ¿En qué íbamos? . . . ¡Ah! en la buena policía dependiente del ministerio de la guerra. Quedamos en que el jefe del ramo nos presentará mañana mismo un plan completo de seguridad para el Estado.

—Sí, Exmo. Señor.



—Ahora, antes de que se me pase, voy á decir á sus excelencias lo que creo haber descubierto en el Sur.

Todos los ministros estiraron el pescuezo para oír mejor. El Presidente continuó así con aire de misterio:

—Primero, mis espías no pudieron descubrir nada: los hombres del Sur se mostraban muy recelosos con todos cuantos iban de México, y nada querían decir delante de ellos; pero uno de mis capitanes, á quien me propongo hacer más tarde coronel, fué más astuto que mis otros enviados; se hizo de la confianza de una mujer á quien enamoró y por ese medio ha logrado saber que D. Juan Alvarez y Comonfort se cartean, que Moreno no sólo me es infiel sino que dice pestes de mi gobierno y que hay también un Villarreal que casi es un conspirador.

—¡Gran Dios! exclamaron á una voz los ministros.

—Señor, dijo el general D. Lino, desde mañana obrará la *Sección de Operaciones*.

—Desde mañana no, señor general, ahora mismo.

—Ahora mismo, Exmo. Señor.

—Primero que todo quitarles los empleos: no debemos mantener ingratos.

—¿Con quién quiere el Exmo. Señor Presidente que comencemos?

—Con Moreno el Comandante de la Costa Chica que es el más peligroso. Después de que ya no sea nada, cuando no tenga autoridad ni soldados, se le mandará aprehender. Ahora todavía no, porque se nos escaparía de las manos. Se necesita desplegar mucha habilidad, mucha maña y mucha energía con esos hombres del Sur.

El ministro de la guerra ofreció ocuparse desde luego en mandar las tropas que fueren necesarias, de modo de atrapar á los hombres peligrosos del Sur, sin que sospe-

charan el golpe que iban á recibir, y dictar las medidas más convenientes, concluyendo sus ofrecimientos con esta frase que puso muy alegres á todos los del gobierno:

—Puede contar el Exmo. Señor Presidente con que ya los tenemos á todos ellos en la bolsa.

—Bueno, contestó el dictador, confío en la malicia del hábil consejero que tiene á su cargo los ramos de guerra y policia.

Y á poco continuó diciendo, después de haber paseado dos ó tres veces la vista sobre el papel en que estaban los apuntes.

—Hay todavía otra cosa que me preocupa y que debe preocuparnos á todos vivamente.

Los ministros alargaron aún más los pescuezos y el amo continuó diciendo:

—Dentro de poco tiempo concluyen los poderes que me dió la revolución triunfante y si no se busca una buena solución tendré que dejar el gobierno.

—Eso no, exclamó Lares.

—Imposible, exclamaron los otros.

—Necesitamos por lo mismo que en alguna parte se haga un pronunciamiento en mi favor.

—¿Un pronunciamiento? preguntó Bonilla fingiendo sorpresa.

—Sí, dijo el dictador guiñando un ojo; una acta cualquiera en que se desconozcan las bases de la revolución que me trajo al poder, que sea secundada por todos los comandantes de los departamentos.

—Eso es lo más facil, se apresuró á decir D. Lino; se les ordena por la secretaría de mi cargo lo que sea conveniente y todos obedecerán.

—No es tan sencilla la cosa, hizo observar Lares, al-



gunos de esos comandantes militares que fungen á la vez de gobernadores, son algo quisquillosos y pueden darnos un dolor de cabeza coaligándose en favor del plan que triunfe.

—Por eso debe comenzarse con las plazas que cuentan con más elementos y con más prestigio, dijo con cierta negligencia el general Santa-Anna. Mi plan es que el pronunciamiento, ó mejor dicho, el acta de proclamación se haga simultáneamente en Guadalajara y Veracruz: de esta manera los demás doblarán las manos.

—Lo que es con Jalisco contamos, exclamó el general Alcorta.

—Ya lo creo que contamos: allí está el viejo Ortega que es mío, lo mismo que todos los canónigos.

—Pero entonces no es pronunciamiento lo que necesitamos, objetó humildemente Lares, sino una proclamación.

Santa-Anna, que no gustaba ni de que aún humildemente se le hicieran objeciones, dijo con voz fuerte y tono de impaciencia:

—El nombre poco hace al caso, señor ministro; yo lo que quiero son actas, muchas actas levantadas en las ciudades y villorrios, en que se diga que debemos continuar nosotros en el poder, aun después del año fijado por la revolución, próximo á fenecer, y que se me dé ya el tratamiento oficial que en otras veces se me ha ofrecido, inherente al cargo de capitán general, único en la República.

—El de Alteza Serenísima, se apresuró á opinar Bonilla.

—Su excelencia, con su penetración acostumbrada, ha comprendido cuáles son mis deseos, dijo Santa-Anna

con voz melosa, como queriéndole dar por ello la enhorabuena.

—Y si me es permitido asociarme al ministro de la guerra. . . .

—¿Qué? . . . .

—Creo que entre ambos desarrollaremos un plan que abarque todo lo que se necesita para dar subsistencia, solidez y duración al poder, así como el esplendor que conviene al jefe supremo de la Nación.

—El señor Bonilla queda pues encargado, unido al general Alcorta, de hacer que en Guadalajara se levante y firme una acta con todo eso que se ha iniciado, para que la secunden todos los Departamentos rápidamente, á fin de que podamos publicar el bando en tiempo oportuno.

Todos se inclinaron casi hasta el suelo. Santa-Anna los dijo:

—Y por ahora, nada más tenemos que tratar. . . . . ¡Ah! se me pasaba: será bueno que el señor Lares, por su parte, organice alguna fiesta muy ruidosa con el pretexto de mi cumpleaños ó con cualquiera otro motivo.

—Lo haré con mucho gusto, serenísimo señor, contestó Lares que quería con esa adulación enmendar el desagrado que había causado poco antes al Dictador.

Se despidieron haciendo muchas ceremonias, y apenas en la puerta, y en voz alta de modo que pudieran ser oídos, iban diciendo:

—¡Qué talento de hombre!

—Si tiene un sol por cerebro.

—Es el político más perspicaz que se conoce.

—Un perfecto hombre de Estado.

—Es la notabilidad del siglo.

—Es el astro de todas las Américas.



—¡Ilustre entre los ilustres!

—En suma, dijo Alcorta que quería echar el tapado á todos, es una Minerva mexicana.

El Dictador, que se vió tentado á correr tras ellos para callarlos á puntapiés, y que lo hubiera hecho á no estar cojo, exclamó cruzando los brazos:

—Si estos imbéciles son los ministros, y por consiguiente la gente más conspicua entre toda la que me rodea, ¿cómo serán los demás? ¿No tengo, pues, razón en poner el pié en el pescuezo á tanto canalla adulator? Ya, ya irán sintiendo quién soy y de lo que soy capaz, y entonces hasta estos mismos miserables que me ayudan á oprimir á las turbas de mentecatos, llegarán á temblar en mi presencia. ¡Y vaya si temblarán!

Se rió nerviosamente, se levantó y se dirigió para el comedor en donde lo esperaba la mesa de Estado, é iba así murmurando:

—¡No suena mal eso de Alteza Serenísima.



#### CAPITULO IV.

##### *Yncienso y lágrimas.*

EL exterior de la ciudad de México era brillante. El general Santa-Anna, en aquella época, (ya declarado Dictador y Alteza Serenísima) se había sabido rodear de las personas acaudaladas, de los miembros del alto clero, de los políticos de más nota del partido conservador, de algunos liberales tímidos ó acomodaticios, y finalmente, del elemento militar en que no faltaban los jefes de distinción.

Las tropas, vestidas con uniformes chillones, recorrían las calles llevando á la cabeza sus músicas, Su Alteza Serenísima iba al paseo acompañado de generales llenos de entorchados y seguido siempre de numerosa escolta, concurría á su palco en el teatro en donde se veían los gastadores con sus gigantescas gorras de pelo y con sus barbas que les cubrían el pecho; por las mañanas había suntuosas fiestas en las iglesias, y por las noches sa-